

Ansias de llorar sin llanto. Día con sombra sin luz. Noche muy triste y oscura, en que la niebla invade mi mente y la envuelve en un manto de amargura. No me quedan lágrimas tan necesarias para reír o llorar, cuando se siente de veras la infancia que yo viví en aquel Salto al que yo creí mi tierra, mi casa, mi ciudad.

Salto de Torrejón, tú eres añoranza. Eres un ayer cuando lejos te siento. Eres un hoy cuando te acercas. Eres un mañana muy lejano cuando te llamo y no contestas.

Te busco en lo más recóndito de mi memoria cansada, donde la luz pierde su brillo y la sien se torna blanca. Creo que estás ahí escondido, pero estás en otra parte. Yo te llamo y tú me llamas. Y porque me llamas, te busco. Y así seguiré buscándote hasta poder encontrarte. Quien habiendo sido niño en aquel Salto no añora aquella infancia vivida y alguna vez por lo menos en aquellos años piensa, aquellos años felices ausentes de una realidad dura, a sus mujeres y hombres en el duro trabajo del día a día y sus jóvenes por su frenesí, belleza y bendita locura.

Las regañinas de mi madre por no querer ir a la escuela, el día que heredé mi primer pantalón largo, el despertar del día grabado en mi mente queda oír el croar de la rana y el quiquiriquí del gallo.

Anhelo aquel tiempo en la distancia. Aquellos abnegados vigorosos hombres elevando aquellas inmensas presas, la convivencia de sus gentes y tus poblados con sus calles polvorientas.

Salto de Torreón, se nota el silencio de tus calles, ya no hay bullicio ni trajinar de la gente. El tiempo transcurre y la obra va finalizando. Ya no se escuchan las risas en el patio del colegio, ni el griterío de tantos niños jugando. Dónde queda aquel latir de corazones y tantos desvelos, aquellos rostros animados, tantas alegrías y esperanzas que con honda huella llevo escrita en el alma y que no la borrará aunque la lluvia, velozmente formando olas en los charcos, caigan.

El caminar de los días hace transcurrir el tiempo, ya no puedes presumir de ser el más alagado y siento soledad ante tu breve historia. Contemplo como has envejecido tan pronto, pero quiero enaltecerte trayéndote a mi memoria. Aquellos inviernos crudos de esos que da esa tierra, la algarabía que formábamos los críos apelotonándonos para salir de la escuela, las prisas para llegar a nuestras casas, coger la merendilla y soltar la cartera.

Aquellos albañiles que al terminar la jornada dejaban encendidas las lumbres donde se calentaban y nosotros corríamos a echarles más leña alimentándolas para que no se apagaran. Cuando el manto oscuro de la noche nos cubría comenzábamos a buscar un sitio rodeando el fuego con carretones de chapa. Era tal lo que aquel círculo de luz y calor desprendía, que podía verse en nuestros rostros la felicidad reflejada.

Embelesados por el misterio y el miedo que sentíamos escuchando a Manolete sus cuentos y relatos. Una iluminada aura de luz nos envolvía y esta sola era rota cuando nuestras madres dando voces nos recordaban la hora de recogida. Entonces se nos presentaba un peligroso desafío: había que salir de aquel halo de seguridad blindado, cercado por la oscuridad de aquellas noches rasas, a velocidad de vértigo sin mirar atrás siquiera recorriendo la distancia hasta llegar a nuestras casas.

En ocasiones cuando no venia el narrador de cuentos, no faltaban ocurrencias para hacer alguna trastada, como la de ir a apagar las lumbres de otras pandillas. Recuerdo cómo buscábamos los muchachos más mayores para que ejercieran de cabecillas.

Los jueves por la tarde en el mes florido de María nuestros maestros nos llevaban de excursión cogiditos de la mano rebosantes de alegría. Qué corto se nos hacía el camino a la majá cantando alguna que otra canción falangista.

Qué bonito es recordar nuestra escuela, nuestro Salto, nuestras correrías por sus ríos, sus arenales y canchos. Allí donde, con sumo secreto, escondíamos el tabaco y le dábamos unas calás para toser un buen rato. Después entre juegos y risas venía el ansiado baño. En las noches de verano nos íbamos a la pista de baloncesto delante de las escuelas a hacer derrapes con nuestros patinetes y como ultima parada, el puente del arroyo de la vaquería, allí nos daban las tantas entre chiste y travesuras. También nos jugábamos el físico haciendo equilibrio cruzando la tubería.

Hoy entre eufórico por la suerte de haber en aquel lugar vivido y la gran fortuna de haberme reencontrado con aquellos niños, le doy gracias al universo, tan grande, tan inmenso, casi infinito como se encogió y se hizo diminuto para poder abrazaros y rememorar aquellos años tan bonitos.

La cantina de Marcelino y Lucre, el bar de la Pepa y Felipe, la tienda de Montecastí, la frutería-panadería de Rosingana que todos los días venia de Plasencia y montaba su parada. El cine donde veíamos películas los domingos por la tarde, el bar y carnicería de Jábega y las escuelas altamente preparadas.

Aquellos obreros que con tesón iban arañando la tierra de las laderas hasta lograr dominar los ríos Tajo y Tietar, tributando con sudor para llevarse unas buenas perras, extenuados por el trabajo duro de aquella polvorienta obra, llenabais al plegar los bares y las tabernas.

Recuerdo en vuestras manos aquellos botellines de cerveza el águila a los que acudíais ansiosos los chóferes, ferrallistas, encofradores, electricista y barreneros cuando en ocasiones os daban permiso en la obra para ver torear al Cordobés, el Viti o Curro Romero.

Al terminar la faena cogíais aquella lenta y vieja viajera, una autentica tartana que os acercaba a casa después de echar la jornada por un camino corto y angosto de tierra lleno de baches y polvareda y al cruzar el arroyo La Vid había que parar y rellenar el radiador de agua para no quedarse a media cuesta porque se calentaba. Otros cientos, casi miles de vosotros, morábais en barracones en hileras de literas porque no podíais retornar a vuestros lejanos pueblos. Se os veía presurosos caminar por las tardes buscando con aspecto fatigado tras el bregar de la jornada de trabajo ir a comprar algo de comida para preparar el puchero.

Ahí estaba el Barraconero, figura principal de orden y limpieza de aquellos habitáculos, que conocía el trato que había de darse a tantos hombres que hacinados procuraban allí algo de descanso, como el personaje hacía una gran lumbre calculando con precisión cuando echar agua a tanto puchero a los que acercaba o alejaba al tiempo exacto.

El día de San José obrero, nuestro patrono, único día del año que no se trabajaba, día lleno de actividades. Tiro al plato, la capea, el juego de romper pucheros, el partido de baloncesto que jugábamos contra La Salle de Plasencia, la carrera de bicicletas donde el premio se lo llevaba, no el primero que llegara, si no el más lento y sin detenerse el ultimo la meta cruzara.

Y llegaba el día de Reyes el día mas esperado y emocionante del Salto, uno de esos en que los muchachos no queríamos dejar de ser niños para obtener los regalos. Ese día nos colmaban de juguetes a los que acostumbrados no estábamos.

En el Salto de Torrejón sus Majestades de Oriente eran buenos y generosos. Lo mismo daba pedirselos a Gaspar, Melchor o Baltasar, porque nosotros en un pedestal los teníamos.

También recuerdo aquellos mozos y mozas lo guapos que os poníais, que belleza, que alegría le dabais al Salto de Torrejón viviéndolo con pasión. Un salto en el tiempo disteis que se notaba en vuestros rostros y en el vestir. Erais la envidia de todos porque erais, la fuerza y energía que movía la vida del lugar. Algo que solo a vosotros os toco vivir.

Labriegos de pueblos en decadencia en que sus hombres se hallan sentados en el quicio de sus puertas mirando sus manos vacías y preguntándose donde ir a ganar el sustento de la familia los abandonaban en desbandadas. Y como recurso para evitar que por la emigración se desangraran solo podíais acudir a los pantanos lo único que os quedaba.

Cuanto merito y valor el vuestro jornaleros del campo que dejasteis el arado y pastorear el ganado, y os agarrasteis a una aventura incierta para tener un salario, un dinero asegurado. Algo desconocido que pareciera un regalo, pero detrás había mucho esfuerzo. Un autentico calvario.

Un veintidós de octubre de mil novecientos sesenta y cinco fue un trágico día en que la tristeza invadió nuestros corazones. Aquella mañana la neblina nos envolvía y octubre como es costumbre húmedo y frio venia, a las nueve y poco más la sirena retumbo anunciando que algo grave sucedía.

Salto de Torrejón no te sientas culpable, fue el afán de una sociedad que no puede detenerse ante un progreso que quizás nos lleve a ninguna parte.



